

## Capítulo III

### *Un tiempo y un tipo de elocuencia parlamentaria*

Antes de entrar en la parte de preceptos, hemos querido ofrecer una época y un hombre como la representación más verdadera y exacta de esta elocuencia. Esto tendrá la doble ventaja de que nuestros lectores se dediquen a conocer aquella época, y a aprender al mismo tiempo en la pintura que la historia nos ha conservado del modelo a que vamos a referirnos. La época a que aludimos es la revolución francesa; el tipo es Mirabeau.

¿Cómo, exclamarán algunos, ese tiempo señalado en los anales del mundo con caracteres de sangre y de fuego por la mano de la destrucción; ese tiempo en que se sacrificaba a las víctimas sin oír las y sin contarlas, en que hasta la compasión era un delito que se expiaba en la guillotina; esa época que demolió una dinastía, y en que el torrente bramador de la revolución, arrancó y arrastró la obra de tantos siglos, dejando sus pedazos dispersos en las orillas de su cauce; ese tiempo es el que se nos cita como el siglo de oro de la elocuencia parlamentaria? Ese es cabalmente, y vamos a demostrarlo: pero ante todo es necesario no dejarse preocupar por el horror que inspiran aquellas escenas, porque los hombres son muchas veces como los niños, a quienes es necesario quitar el miedo que tienen a los vestiglos.

La revolución francesa era un acontecimiento inevitable en el punto en que se verificó. La continua elaboración del pensamiento desde muchos años, había fijado nuevas teorías, nuevos principios, y creado nuevas necesidades. El sordo rumor que de todas partes se levantaba, hacía conocer que las instituciones no se hallaban de acuerdo con la opinión, y éste es siempre un síntoma precursor de la ruina de los gobiernos. Las nuevas creencias y el sentimiento mal reprimido de odio contra lo existente, revolvían los combustibles, como el volcán revuelve en sus entrañas inflamadas la lava que después vomita sobre los bordes de su cráter.

La tempestad se desencadenó, y hasta las montañas que antes habían servido de dique y de cárcel a las olas, socavadas por su base, se desplomaron en pedazos con un estruendo espantoso. Pero la época de Mirabeau tuvo días menos procelosos, y algunos de completa serenidad. En ellos sonaba su voz como suele retumbar el trueno antes que la nube arroje sobre la tierra el rayo que la hiere, o las aguas que la inundan. Y aun en los tiempos más avanzados de la Convención ¿no se ven rasgos los más tiernos

en los mismos hombres a quienes se echaba en cara tanta dureza y ferocidad? ¿No aparece muchas veces la virtud al lado del crimen? Danton y Camilo Demoullins se abrazan tiernamente en el cadalso al lanzar la última mirada sobre la tiranía que había decretado su muerte. El verdugo los separa, y Danton le dice “Miserable; no impedirás que nuestras dos cabezas se junten bien pronto en el canasto” ¡Qué rasgo de amistad tan tierno y afectuoso! El mismo Camilo escribe a su querida Lucila desde el cadalso, una carta llena de amor y de enternecimiento, y que no puede leerse sin derramar muchas lágrimas. No: aquellos hombres tenían corazón: y si la corriente de los sucesos los arrastró a pesar suyo, ellos quisieron asirse para resistir, a una caña que vieron plantada en la orilla, y que rompiéndose en sus manos, hizo que se sumergieran cuando más esfuerzos hacían para librarse de su fatal destino.

Pero separando la vista de esta época de sangre, de horrores y de crímenes, en la de la Constituyente había lo que se llama vida pública; pero vida pública en todo su desarrollo, en toda su actividad, en toda su fermentación: había aquella curiosidad inquieta en todos, y aquella actividad fecunda e incansable en los hombres públicos, que llama, inaugura y forma a los oradores. Se había corrido el telón para un grande espectáculo; el teatro era inmenso, los concurrentes agitados y conmovidos clamaban por actores, los oían con avidez, los colmaban de aplausos, y todo convidaba, todo seducía, todo allanaba los caminos que llevan a la tribuna.

¡Más Mirabeau! Este nombre sólo representa su época porque los grandes hombres comunican su carácter a la época en que viven. Ese hombre de proporciones colosales, de inmensos talentos, de elocuencia más inmensa todavía; de genio, de actividad y de valor superiores aun a los talentos y a la elocuencia, ese fue el Dios de la tribuna, y el lugar que dejó vacío su muerte no se ha llenado, ni tal vez se llenará jamás. Pero tampoco otro hombre ha merecido elogios más magníficos.

Oigamos a Cormenin que nos ha trazado su retrato con esa destreza que se admira y no se imita, con ese lenguaje, mezcla feliz de la pompa oriental y de la exactitud matemática, que tanto poder y encantos da a la convicción.

“Cuando Cristóbal Colón (dice) después de haber surcado la extensión inmensa de los mares, se adelanta tranquilamente hacia el continente americano, de repente empieza a silbar el viento; brillan los relámpagos, suena la tempestad, las jarcias se rompen, el piloto se turba, y el navío va a perderse y a sepultarse entre las olas.

Pero mientras que los soldados y marineros hacen oración de rodillas y se desesperan, Colon, confiado en sus altos destinos, toma el timón y le

gobierna a través de los mugidos de la tempestad y del horror de la profunda noche; y sintiendo tocar en las playas del Nuevo Mundo la proa de su navío, exclama con una voz retumbante: ¡Tierra, tierra!

Del mismo modo cuando la revolución se extraviaba con las áncoras rotas y las velas destrozadas por un mar sembrado de escollos y precipicios, Mirabeau en pie sobre la proa del navío desafía al estampido de los truenos y al horroroso fulgor de los relámpagos; y reuniendo los pasajeros aterrados, eleva en medio de ellos una voz profética y les señala con el dedo las tierras prometidas de la libertad...

Mirabeau poseía todo el conjunto del orador, y en la tribuna era el más bello de los oradores. Su corazón y su mente eran el hervidero de todas las materias, como el volcán que condensa, amalgama, funde y revuelve las lavas antes de lanzarlas al aire por su boca inflamada. Su alma temblaba y retemblaba en los fogosos asaltos contra la tiranía, como los aceros que se sumergen en el agua acabados de salir de la fragua. A todo se plega, desde los amores de Sofía hasta las materias más elevadas. A veces era flojo, incorrecto, desigual; pero siempre seductor por el colorido de su estilo, estilo más bien para hablado que para escrito, como es el de los verdaderos oradores. Mirabeau por sus persecuciones y por sus luchas anteriores tenía hecha la educación parlamentaria antes de que el Parlamento estuviese abierto. Hablaba correctamente el lenguaje político, cuando los demás sólo sabían deletrearlo, y hablando mejor que los abogados del foro, mejor que los predicadores, fue orador antes de parecerlo, y aun tal vez antes que él lo supiera. Era dueño de la Asamblea por el renombre de su palabra, antes de serlo por la palabra misma. A su presencia desaparecían todas las demás posibilidades, o más bien giraban como satélites alrededor de este astro para hacerle brillar con más clara luz...

¡Qué pronunciada y vehemente fue su represión al rey de Prusia! Si hacéis (dice) lo que un hijo de vuestra esclava hubiera hecho diez veces al día mejor que vos, los cortesanos dirán que habéis hecho una acción extraordinaria: si obedecéis a vuestras pasiones, dirán que hacéis bien: si prodigáis el sudor de vuestros súbditos como el agua de los ríos, dirán que hacéis bien: si arrendáis el aire dirán que hacéis bien: si os vengáis siendo tan poderoso, dirán que hacéis bien: ellos lo dijeron cuando Alejandro embriagado desgarró de una puñalada el pecho de su amigo. Ellos lo dijeron cuando Nerón asesinó a su madre...

En otra ocasión solemne, cuando es arrojado de su seno por el orden de la nobleza, Mirabeau se irrita, y comparándose a Graco proscrito por el senado de Roma, se despide con este formidable adiós. En todos los países, en todas las edades los grandes han perseguido implacablemente a los ami-

gos del pueblo; y si por cualquier combinación de la suerte se ha elevado alguno en su seno, a él es sobre todo a quien han herido deseosos como estaban de inspirar el terror por la elección de la víctima. Así pereció el último de los Gracos a manos de los Patricios; pero herido del golpe mortal, arrojó el polvo hacia el cielo invocando a los dioses vengadores, y de aquel polvo nació Mario. Mario, menos grande por haber exterminado a los Cimbros, que por haber abatido en Roma la aristocracia de la nobleza. Si: porque los privilegios acabarán, pero el pueblo es eterno...

Se trataba de la acusación de los Ministros, y de si la cámara había de tener la iniciativa, y Mirabeau exclama: ¿Olvidáis que el pueblo a quien oponéis el límite de los tres poderes, es la fuente de todos ellos, y que él sólo puede delegarlos? ¿Olvidáis que es el soberano a quien disputáis el poder de censurar a sus admiradores?

Si se trata de una constitución legal, se le oye decir: Con frecuencia sólo se oponen las bayonetas a las convulsiones de la opresión o de la miseria, pero las bayonetas no restablecen nunca más que la paz del terror, y el silencio del despotismo. ¡Ay! No es el pueblo un rebaño furioso que sea preciso encadenar. Siempre tranquilo y comedido cuando es verdaderamente libre, no es violento y fogoso sino bajo un gobierno que le envilece, para después tener el derecho de despreciarle.

¡Qué rasgos tan admirables! ¡Qué elocuencia tan poderosa! Pero entonces el pueblo entero de París se mezclaba ansioso en las discusiones de la legislatura; entonces había verdadera vida pública; la nación, los ciudadanos, la Asamblea, todos estaban a la expectativa de los grandes acontecimientos: todos llenos de esa eléctrica y vaga emoción tan favorable a los espectáculos de la tribuna, y a los triunfos de la elocuencia.

Nosotros por el contrario, vivimos en una época sin fe y sin principios, devorados como estamos desde los pies a la cabeza por la lepra del materialismo político: hombres pequeños que nos hinchamos como una montaña, para no parir más que un ratón: nosotros, corredores de negocios, de carteras, de cintas, de sueldos; nosotros, gente de alza y baja: nosotros no comprendemos ni comprenderemos jamás todo lo que había de convicción y sinceridad, de virtud, de desinterés y de verdadera grandeza en esta famosa Asamblea Constituyente...

Nuestros padres han vaciado sus obras en bronce, nosotros las vaciamos en vidrio, ellos inventaban; nosotros copiamos; ellos eran arquitectos, nosotros no somos más que albañiles.

Y a pesar de tantos medios, ¡Qué idea tan grande tenía formada Mirabeau de la Representación Nacional! El cargo de diputado (decía) es superior a mis fuerzas; con estos temores es como abordo la tribuna.

Mirabeau premeditaba la mayor parte de sus discursos. Su comparación con los Gracos, su alusión a la roca Tarpeya; su apóstrofe al abate Sieyes; sus famosos discursos sobre la constitución, sobre el derecho de paz y de guerra, sobre el veto real, sobre los bienes del clero, sobre la bancarrota, sobre los asignados, sobre la esclavitud, en que brillan y se despliegan tantos tesoros de ciencia y la profunda elaboración del pensamiento, son trozos escritos.

Mirabeau despreciaba en la tribuna las preocupaciones, los sordos murmullos, y las temerosas impaciencias de la Asamblea. Inmóvil como una roca, cruzaba los brazos y esperaba el silencio”.

Hasta aquí el elogio de Mirabeau en boca de Cormenin. ¡Qué hombre tan grande, qué talento tan fecundo, qué palabra tan arrebatadora! Él disponía con su palabra como con un arma invencible, de la Asamblea, del poder, de la fuerza, de la opinión, de la Francia toda.

¡Y no obstante, terrible lección para la posteridad y para los tributos!

Aquella popularidad veleidosa desapareció como desaparecen los halagos de una mujer inconstante; el amor y el respeto se convirtieron en odio, como sucede frecuentemente en los beneficios que se dispensan a los ingratos, y la estatua del orador después de su muerte, se cubrió con un negro crespón, como se cubre con negro velo el rostro de los parricidas. Del panteón mismo a donde se había conducido su cadáver en brazos de la multitud, fue desalojado, en medio de una noche oscura, a la escasa y medrosa luz de una sola lámpara, fue arrojado en medio de las imprecaciones del desprecio en la huesa común de los criminales. Allí ha guardado largo y profundo silencio el hombre cuyas palabras de fuego habían conmovido el mundo, y su hermosa cabeza, la cabeza del león que se sacude y hace estremecer, ha dormido largos años al lado de tantas otras cabezas cortadas por el hacha del verdugo.

Pero hagamos algunas observaciones acerca de este brillante panegírico. La primera que se ofrece, es que Mirabeau aprovechó la feliz concurrencia de tantas circunstancias, sin las cuales no hubiera hecho probablemente otro ruido que el que produjeron sus lances amorosos y las persecuciones obstinadas de su familia. Porque no basta nacer con disposiciones, ni cultivarlas con esmero: lo principal es llegar a tiempo, porque cuando no hay viento, ningún barco puede surcar la mar: ¿Cuántos diamantes estarán escondidos en las entrañas de la tierra, y cuántas perlas envueltas y ocultas entre las arenas del Océano? ¿Cuántos genios permanecen ignorados en la oscuridad, y acaso en el mismo bullicio de las Cortes, porque las circunstancias no les ayudan para que puedan desplegar su poder y su energía? El

orador no es de todos los tiempos; es de una sola época, alguna vez de un día solo.

Sin agitación, sin peligro, sin acalorado debate, permanece mudo, o sólo pronuncia palabras lánguidas que no revelan su fecundidad. El poeta inventa situaciones, las realza, se remonta a ellas, y se mece en aquellas regiones, obra exclusiva de su fantasía: pero el orador vive en el mundo real, y no puede salir de él para hablar el lenguaje elevado de la inspiración, cuando todo lo que se mueve en torno suyo es común y prosaico. Sin grandes acontecimientos, sin grandes intereses, y sin gran pugna, no puede haber grandes oradores. Pisístrato no lo hubiera sido, si su ambición, sus proyectos y sus felices tentativas, no le hubieran presentado la ocasión y la necesidad de apelar a su facundia. Demóstenes sin Filipo y sin Alejandro, no hubiera tenido tantas ocasiones de derramar en el pueblo de Atenas su palabra terrible; y Cicerón, sin las conspiraciones de Catilina, y sin los demás sucesos ruidosos de Roma en aquel tiempo, no hubiera podido brillar de un modo tan extraordinario.

Así Mirabeau, sin la revolución, hubiera defraudado sus destinos, y pasado sobre la tierra sin dejar en ella más que los ecos transitorios de un espíritu ardiente e indomable, pero no un renombre imperecedero con las páginas inmortales del orador.

Cormenin nos dice que la cabeza de aquel genio era un hervidero. ¿Y qué significa esto, sino que en los años anteriores había nutrido su espíritu con la meditación incesante, sobre las ideas, sobre los hombres y sobre las cosas? La fragua no da un calor fuerte sino cuando está alimentada por abundante combustible. Esas meditaciones solitarias calientan el espíritu y le imprimen un tipo en que fácilmente vacía después todas las fases del pensamiento; la meditación pasa, pero el tono, el molde y la elasticidad quedan para otra vez.

Pero lo que más contribuyó al desarrollo de las disposiciones oratorias de Mirabeau, fueron las persecuciones en que se vio envuelto, su larga prisión, su profundo y continuo reflexionar sobre aquellos sucesos y sobre el cálculo de sus consecuencias, el temple, en fin, que adquirió su sensibilidad en la desgracia. Ha dicho un sabio que la virtud no se compra muchas veces sino a precio del infortunio; pero con más razón pudiera decirse lo mismo de la elocuencia. En las situaciones felices de la vida, el hombre goza, pero no piensa. Su existencia se mece plácidamente entre los encantos que le rodean, como el pájaro tiende alegre su vuelo a través de las brisas suaves de la mañana, sin que necesite acudir a sus fuerzas, como cuando le abate el golpe de la lluvia, o el ímpetu violento de los aquilones. Del mismo modo el corazón y el espíritu no hacen prueba de sus fuerzas sino

cuando se ven contrastados por la adversa suerte. Entonces, y sólo entonces, es cuando se concentran en sí mismos; cuando ensayan su fecundidad y su poder, cuando se medita y se padece, y se llora, porque las lágrimas son algunas veces un bálsamo para las heridas que abrió el infortunio. Mirabeau en su encierro leyó, pensó y meditó mucho. Allí pudo conocer lo que es la arbitrariedad y lo que es la injusticia, y cuán triste es la suerte de las víctimas que se sacrificarán a estas deidades infernales. Allí en el silencio y en el olvido, solo con su corazón y con su memoria, pudo penetrar todo el valor de los principios, única defensa del ciudadano indefenso; pero que por desgracia, para el déspota son delirios, para los gobiernos sueños, y para el filósofo abstracto meras y vanas teorías. Así su espíritu estaba preparado, no le faltaba más que una ocasión para desarrollarse, y ésta se la proporcionó la revolución. Era el gladiador amaestrado en los ejercicios de la lucha, a quien no faltaba más que la arena del combate. Cuando se presentó en ella venció como era de esperar, porque tan grandes ventajas no permitían la posibilidad de que encontrase competidores.

Y no obstante el dominio que Mirabeau tenía en la tribuna, no obstante que aparecía en ella como un rey rodeado de esclavos, no obstante la colosal reputación que se había formado, es indudable que preparaba y premeditaba los discursos de cierta solemnidad y empeño. Esta preparación pide algún trabajo, y por eso se suele descuidar; pero sin combinar de antemano las ideas principales, su colocación, el método de exponerlas, y hasta el colorido alguna vez con que se deban presentar; sin bosquejar, en una palabra, en la mente en pocas, pero bien trazadas líneas, el plan que se ha de seguir, sólo se pronuncian discursos confusos, desordenados, descosidos, sin emoción y sin atractivos; discursos que podrán agradar un instante, pero que no podrán resistir el examen frío e imparcial que es después de la jurisdicción de la crítica. Por último, Mirabeau, en los momentos borrascosos de la Asamblea, cuando se agitaban las facciones resentidas por sus palabras, se cruzaba de brazos, y se encerraba en el silencio. Menester es que el orador vaya siempre prevenido contra este peligro, y que sepa arrastrarlo en calma cuando se presenta. Los hombres nulos en los parlamentos, los que no pueden hablar, necesitan algún desahogo, y lo buscan y encuentran en este medio vergonzoso y repugnante. Quiere turbar al orador y hacerle experimentar el poder del sarcasmo, ya que no pueden oponerle el contrapeso del talento. Ésta es una violencia que se hace a los oradores, porque privarles de la serenidad del espíritu y del raciocinio, equivale a negarles el derecho de la palabra. Y sin embargo, estos ataques insidiosos y rastreros que hasta la educación condena, se repiten harto frecuentemente. El orador debe ir a la tribuna apercebido; y cuando estalle una revolución

*Joaquín María López*

mezquina de las medianías intolerantes, esperar la calma, y en ella anudar nuevamente su discurso, cuando esté seguro de que siquiera el pudor obligará a los demás a escucharle aunque les sean sus palabras amargas y enojosas. Sobre todo que esté seguro que como hiera las preocupaciones o intereses de los que le escuchan, a proporción que más grandes sean las verdades que anuncie, a esa misma proporción será más grande la grita y el escándalo. Los hombres tienen siempre un santo celo por todo lo que les conviene.